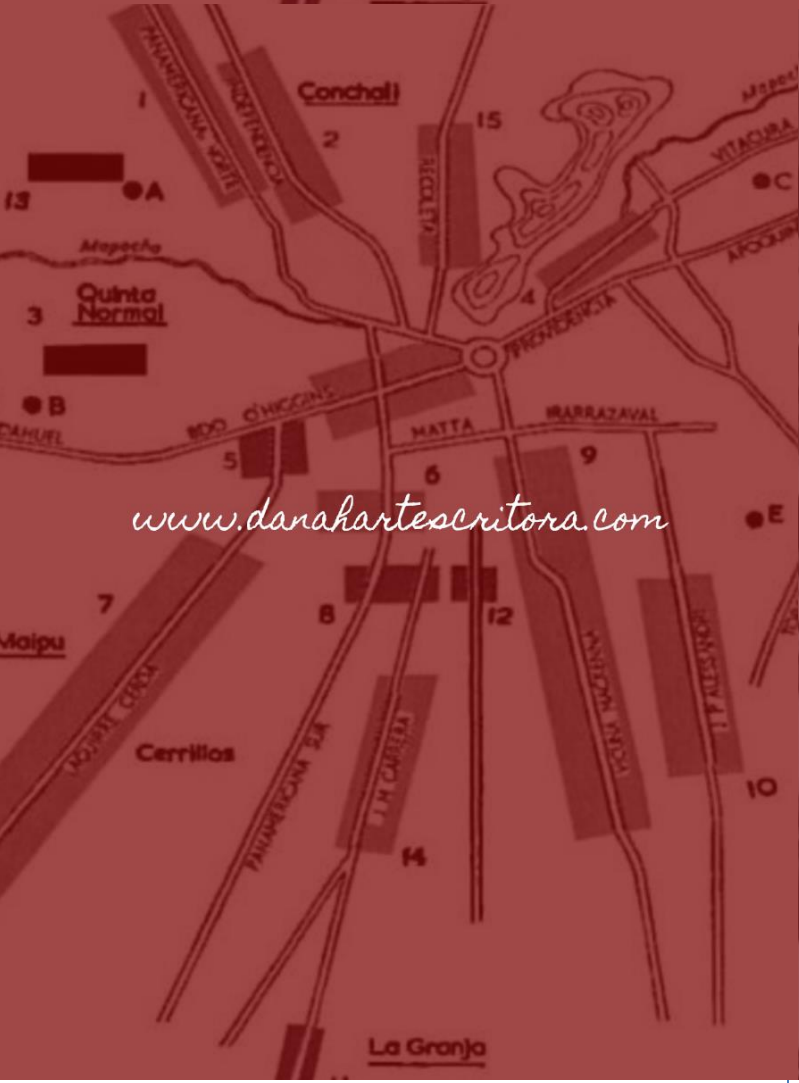


# 50 AÑOS

*Dana Hart*



# 50 AÑOS

*Dana Hart*

Vicuña Mackenna era exactamente la misma Avenida hace cincuenta años. La Luchetti estaba en el mismo lugar, con esos silos gigantes, que si bien estuvieron siempre llenos de harina, la gente se imaginaba que estaban repletos de pasta. Tenía el mismo cartel con letras rojas en lo alto de la entrada y desde las ventanas superiores, podía verse la majestuosa Cordillera de Los Andes.

Esa mañana lo vi a Enrique Ortiz, un estudiante de Venezuela, que había decidido quedarse.

**2**

Vicuña Mackenna era exactamente la misma Avenida hace cincuenta años. La Luchetti estaba en el mismo lugar, con esos silos gigantes, que si bien estuvieron siempre llenos de harina, la gente se imaginaba que estaban repletos de pasta. Tenía el mismo cartel con letras rojas en lo alto de la entrada y desde las ventanas superiores, podía verse la majestuosa Cordillera de Los Andes.

Esa mañana lo vi a Enrique Ortiz, un estudiante de Venezuela, que había decidido quedarse.

**2**

50 años y todavía suenan los portazos, el ruido de los cascos inquietos, el olor al final. Pero nada se termina en realidad. Es como una rueda que gira, inevitablemente. Intentaron frenarla, es verdad, pero la rueda volvió a girar. Y seguimos hablando de esto, contándole a las siguientes generaciones, gritando “Nunca más”.

**¡Las ideas siguen vivas!**

**11**

50 años y todavía suenan los portazos, el ruido de los cascos inquietos, el olor al final. Pero nada se termina en realidad. Es como una rueda que gira, inevitablemente. Intentaron frenarla, es verdad, pero la rueda volvió a girar. Y seguimos hablando de esto, contándole a las siguientes generaciones, gritando “Nunca más”.

**¡Las ideas siguen vivas!**

**11**

Pero ley de control de armas, devoluciones. La misma cantinela de siempre. Reformas que cuestan reformas, que sacan reformas, que terminan en baños de sangre. Confianzas sangrientas.

Hubo pelea. Hubo resistencia. Pero no en armas como se creía. En moral. En gente que se quedó en sus puestos de trabajo, pese al ruido de las compuertas derribándose por las bayonetas. Fusilamientos en masa, desnudamientos, violaciones.

**10**

Pero ley de control de armas, devoluciones. La misma cantinela de siempre. Reformas que cuestan reformas, que sacan reformas, que terminan en baños de sangre. Confianzas sangrientas.

Hubo pelea. Hubo resistencia. Pero no en armas como se creía. En moral. En gente que se quedó en sus puestos de trabajo, pese al ruido de las compuertas derribándose por las bayonetas. Fusilamientos en masa, desnudamientos, violaciones.

**10**

Estaba preocupado. Su bigote no podía disimular y sus ojos anchos, miraban hacia más allá de las esquinas.

También me crucé con María Eugenia Farías, preocupada como siempre por las compañeras, doblemente oprimidas entre oprimidos, cuya voz de alarma hacía crujir las máquinas.

Me pareció ver algo desde temprano, circulando alrededor. Pero no lo vi con los ojos, sino con el instinto de clase.

**3**

Estaba preocupado. Su bigote no podía disimular y sus ojos anchos, miraban hacia más allá de las esquinas.

También me crucé con María Eugenia Farías, preocupada como siempre por las compañeras, doblemente oprimidas entre oprimidos, cuya voz de alarma hacía crujir las máquinas.

Me pareció ver algo desde temprano, circulando alrededor. Pero no lo vi con los ojos, sino con el instinto de clase.

**3**

Ya estaban allí. Daban vueltas. No eran parte del paisaje del Cordón, que estaba preparado para sonar la sirena ante cualquier acontecimiento, emergencia o necesidad colectiva. Colectiva. Esa era la palabra. El gobierno de lo colectivo.

Hice el recorrido de siempre. Desde Luchetti, hasta Cristalerías Chile. Caminaba por el borde, usando mis zapatos de cuero desgastados y mis pantalones anchos abajo, como estaba de moda.

**4**

Ya estaban allí. Daban vueltas. No eran parte del paisaje del Cordón, que estaba preparado para sonar la sirena ante cualquier acontecimiento, emergencia o necesidad colectiva. Colectiva. Esa era la palabra. El gobierno de lo colectivo.

Hice el recorrido de siempre. Desde Luchetti, hasta Cristalerías Chile. Caminaba por el borde, usando mis zapatos de cuero desgastados y mis pantalones anchos abajo, como estaba de moda.

**4**

Conectábamos la producción con los Comandos Comunales, las Juntas de Abastecimiento, era un verdadero doble poder de la clase trabajadora.

Hubo un momento, en Octubre del `72, justo después del paro de camioneros, en que todas, absolutamente todas las industrias de Santiago, hasta el más pequeño taller, estuvieron en manos de sus trabajadores. Todas. Estábamos tan cerca de poder.

**9**

Conectábamos la producción con los Comandos Comunales, las Juntas de Abastecimiento, era un verdadero doble poder de la clase trabajadora.

Hubo un momento, en Octubre del `72, justo después del paro de camioneros, en que todas, absolutamente todas las industrias de Santiago, hasta el más pequeño taller, estuvieron en manos de sus trabajadores. Todas. Estábamos tan cerca de poder.

**9**

Los vimos cuando intentaron, por orden del propio gobierno, quitarnos las pocas armas que teníamos mediante una Ley, u obligarnos a devolver las industrias a manos de sus ilegítimos dueños.

¡¿Devolver las industrias?! ¡Qué utopía! Con lo cerca que se estaba. Habíamos logrado armar hasta una escuela básica del Cordón, para que la mujer fuera un poco menos expoliada todos los días.

**8**

Los vimos cuando intentaron, por orden del propio gobierno, quitarnos las pocas armas que teníamos mediante una Ley, u obligarnos a devolver las industrias a manos de sus ilegítimos dueños.

¡¿Devolver las industrias?! ¡Qué utopía! Con lo cerca que se estaba. Habíamos logrado armar hasta una escuela básica del Cordón, para que la mujer fuera un poco menos expoliada todos los días.

**8**

Cada tanto escuchaba que alguien me gritaba “Armando... Armando Cruces”, desde alguna micro, o el otro lado de la cuadra. Algún compañero o compañera. También me llamaban por otro nombre, ya se sabe cómo es la cosa.

Bastó ver los vidrios de Cristalerías para profundizar la sensación de que estaba pasando algo. Si ustedes los han visto, notarán, que son vidrios que parecieran estar instalados allí desde siempre, desde todos los tiempos, desde la era de piedra.

**5**

Cada tanto escuchaba que alguien me gritaba “Armando... Armando Cruces”, desde alguna micro, o el otro lado de la cuadra. Algún compañero o compañera. También me llamaban por otro nombre, ya se sabe cómo es la cosa.

Bastó ver los vidrios de Cristalerías para profundizar la sensación de que estaba pasando algo. Si ustedes los han visto, notarán, que son vidrios que parecieran estar instalados allí desde siempre, desde todos los tiempos, desde la era de piedra.

**5**

Añejados, sucios, feos. A veces más lustrados. Y esa esquina redonda donde está la gaceta de seguridad, sería sede de uno de los más cruentos enfrentamientos. Allí lucharon los Cordones Industriales, envueltos en sangre y una derrota que no calla.

Seguí caminando hasta Elecmetal, por ser mi compañía, yo era el único soldador calificado, y entré sin decirle una sola palabra a nadie. Temía. Veía en los ojos de las demás personas, las palabras de la radio, como si sonaran en sus pupilas.

**6**

Añejados, sucios, feos. A veces más lustrados. Y esa esquina redonda donde está la gaceta de seguridad, sería sede de uno de los más cruentos enfrentamientos. Allí lucharon los Cordones Industriales, envueltos en sangre y una derrota que no calla.

Seguí caminando hasta Elecmetal, por ser mi compañía, yo era el único soldador calificado, y entré sin decirle una sola palabra a nadie. Temía. Veía en los ojos de las demás personas, las palabras de la radio, como si sonaran en sus pupilas.

**6**

Algo estaba por pasar.

Cuando dieron las once de la mañana, retumbó la voz en los techos de la fábrica, de Salvador Allende dando su discurso final. Hacía pocos días, personalmente le había entregado una carta, firmada por la Coordinadora Provincial de Cordones Industriales, en la que le advertíamos que esto sucedería.

Solo había dos posibilidades. O nos tocaba dar el zarpazo, o los momios darían el golpe definitivo. Y los mensajes fueron claros.

**7**

Algo estaba por pasar.

Cuando dieron las once de la mañana, retumbó la voz en los techos de la fábrica, de Salvador Allende dando su discurso final. Hacía pocos días, personalmente le había entregado una carta, firmada por la Coordinadora Provincial de Cordones Industriales, en la que le advertíamos que esto sucedería.

Solo había dos posibilidades. O nos tocaba dar el zarpazo, o los momios darían el golpe definitivo. Y los mensajes fueron claros.

**7**